

DIALECTICA Y MATERIALISMO HISTÓRICO



KARL MARX - FRIEDRICH ENGELS

P. Rossineri

Conformamos este e-book, con dos escritos de Patrick Rossineri en torno al marxismo, a saber: *Límites y espejismos del materialismo histórico y Dialéctica, materialismo y científicismo*

El materialismo histórico es una explicación esquemática de la historia humana de algún valor didáctico, según los gustos, mientras no nos creamos la fábula de las leyes de la dialéctica, aún por comprobarse científicamente.

Marx estudió la lógica del capitalismo y creyó que su método lo llevaría a explicar la totalidad de la evolución social humana: explicando una de las partes, explicaba el todo. El científicismo económico marxista subsume todos los aspectos humanos simbólicos, culturales, ideológicos, éticos o ecológicos a su causalidad inexorable. El resultado de aplicar métodos de análisis semejantes no puede ser menos que limitado. Se confunde la consistencia deductivo-epistemológica con el esquematismo teórico.

El materialismo dialéctico es un dogma autoritario y burgués que pretende ser tomado por científico.

El “socialismo científico” es una quimera, y los métodos dialécticos si bien fracasan como ciencia, son un éxito al momento de asesinar cualquier revolución y restaurar el orden burgués estatal.

Patrick Rossineri

DIALÉCTICA Y MATERIALISMO HISTÓRICO

Límites y espejismos del materialismo histórico

Extraído de Anarkismo.net

<https://www.anarkismo.net/article/5185>

Dialéctica, materialismo y científicismo

Extraído de Anarkismo.net

<https://www.anarkismo.net/article/5184>

Edición digital: C. Carretero



Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

LÍMITES Y ESPEJISMOS DEL MATERIALISMO HISTÓRICO

- Los presupuestos del materialismo histórico
- El determinismo económico según Rocker
- Algunos espejismos
- Algunos límites
- Conclusiones

DIALÉCTICA, MATERIALISMO Y CIENTIFISMO

- El método dialéctico de Hegel
- Los principios del materialismo dialéctico

Primera ley dialéctica

- Segunda Ley Dialéctica
- Tercera Ley Dialéctica
- Conclusiones

BIBLIOGRAFÍA

LÍMITES Y ESPEJISMOS DEL MATERIALISMO HISTÓRICO

La concepción de Karl Marx acerca de la historia ha sido según sus apologistas uno de los avances más importantes en los anales de las ciencias sociales. La novedosa incorporación de la dialéctica hegeliana al análisis de los procesos históricos produjo toda una escuela de pensamiento contrapuesta a las tendencias idealistas y liberales de su tiempo, perdurando hasta la actualidad dada la riqueza y complejidad conceptual de muchos de sus análisis. El materialismo dialéctico en el marco de la naturaleza y el materialismo histórico enfocado hacia la explicación de la historia humana son el resultado del esfuerzo de Marx y su compañero F. Engels para dotar al socialismo de un carácter científico, es decir, de promover al socialismo marxista al rango de una disciplina científica. Semejante pretensión ha sido reafirmada por los discípulos socialistas que intentaron aplicar las categorías de análisis de Marx y de Engels (de este último en mucha menor

medida) a estudios económicos, históricos, antropológicos, sociológicos, lingüísticos, geográficos y culturales.

Toda la producción teórica de las ciencias sociales del siglo XX se vio influenciada por los trabajos de Marx, abrazando total o parcialmente sus conceptos, o ya fuere para refutarlos. El materialismo histórico tiene la virtud de presentar una explicación sólida de la historia sin inconsistencias ostensibles. ¿Es realmente así? ¿Podemos sostener –como sugieren muchos anarco–marxistas– un enfoque materialista histórico, con la precaución de eliminar los elementos autoritarios de la ideología marxista? No creemos que las únicas diferencias entre marxistas y anarquistas se resuman a lo que se deba hacer con el Estado después de advenida la revolución social, sino que son mucho más profundas: la cuestión de aceptar o rechazar la dictadura del proletariado son el corolario de intensas diferencias entre ambos proyectos revolucionarios, diferencias que los tornan prácticamente incompatibles.

Si bien muchos anarquistas abrazaron una concepción dialéctica de la historia y aplaudieron muchos de los análisis económicos de Marx, estos reconocimientos fueron solamente parciales y coyunturales. Bakunin admiraba la inteligencia de Marx y tradujo muchos de sus escritos al ruso, pero nunca lo demostró un revolucionario sincero sino un timorato intelectual afecto a la intriga y a la prepotencia. Malatesta ponderó sus análisis sobre cuestiones

económicas, sociales y laborales pero sintió repugnancia hacia su talante cientificista y su determinismo económico. Proudhon rechazó su dialéctica por autoritaria y Kropotkin consideró al materialismo dialéctico como una farsa anticientífica.

Más allá de los aspectos positivos que pueda ofrecer la obra de Marx a los científicos, preferimos analizar en este momento algunos de sus presupuestos generales que se contradicen explícitamente con las ideas anarquistas. También rechazamos el supuesto rigor científico del materialismo histórico, como su carácter puramente metafísico y conjetural.

Los presupuestos del materialismo histórico

Es bien sabido que el fundamento del materialismo dialéctico ha sido tomado de Hegel y reformulado por Marx. Primordialmente consiste en que cada manifestación del Espíritu (tesis) engendra su propia contradicción, que entraña una negación de lo afirmado (antítesis). Ambas se resuelven en un tercer momento que supera a lo afirmado y lo negado (síntesis) tornándose en una nueva afirmación o tesis.

Esta concepción idealista es aplicada por Marx a la filosofía materialista, siendo las relaciones de producción (económicas) las que determinan la evolución histórica. La historia se desenvuelve dialécticamente debido a sus afirmaciones y contradicciones, que se resuelven en nuevos momentos o síntesis superadoras, desde donde recomienza un proceso nuevo (pero en continuidad con el anterior).

El desarrollo dialéctico de la infraestructura socioeconómica es el motor de la historia humana. Esta estructura económica determina una superestructura que comprende las manifestaciones ideológicas, religiosas, culturales y jurídicas de una sociedad. Marx sostiene que la clase dominante es aquella que se apropia de los medios de producción imponiendo su ideología al cuerpo social. La estructura económica y la superestructura ideológica se enmarcan dentro de lo que se denomina “modo de producción”.

Los modos de producción son formaciones económico–sociales de carácter histórico que comprenden determinado tipo de relaciones sociales de producción. Estos modos de producción se suceden a lo largo de la historia y se han sucedido dialécticamente, en una escala ascendente y superadora.

Todo comienza con el comunismo primitivo (sociedad sin Estado), al que sucederá el esclavismo, la sociedad feudal, el capitalismo y finalmente el comunismo (donde se resuelven todas las contradicciones). Dentro de un modo de producción las fuerzas productivas de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción (explotación salarial, servidumbre); el desarrollo de este conflicto –que en la sociedad feudal se da entre la nobleza rural y la burguesía naciente o en el capitalismo entre burgueses industriales y proletarios– inicia una época de revolución social que resquebraja la superestructura ideológica y hace

que los sujetos revolucionarios “adquieran conciencia” del antagonismo. El triunfo de los revolucionarios generará una superación de las relaciones sociales de producción anteriores, inaugurando una nueva etapa de características propias (que generará con el tiempo su propia contradicción, reproduciendo el proceso).

El comunismo al acabar con las contradicciones de clase con relaciones de producción basadas en la propiedad colectiva se constituiría en la síntesis de la totalidad del proceso histórico.

Es claro que en esta interpretación de la historia los factores económicos (las técnicas de producción y las relaciones de producción) tienen un peso preponderante en la determinación de los sucesos históricos. El propio Marx lo expresa en su *Contribución a la crítica de la economía política*: "En la producción social de su vida, los hombres entran en determinadas relaciones necesarias e independientes de sus voluntades, relaciones de producción que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, que tiene una base real sobre la cual se edifica una superestructura jurídica y política y a la cual corresponde determinadas formas sociales de conciencia... El modo de producción de la vida material determina, por lo tanto, en general, el proceso de la vida social, política y espiritual". Conclusión: la existencia social

determina la conciencia de los hombres. Muchos estudios que utilizan los preceptos del marxismo para sus análisis históricos no aplican dogmáticamente la determinación económica que Marx sugirió y que Engels se encargó de divinizar. Incluso se podría afirmar que los estudios de Marx sobre el pasaje del feudalismo al capitalismo son verdaderamente fecundos. Pero por más que se quiera encontrar atenuantes, todo el análisis se basa en fortísimas determinaciones económicas y fracasa a la hora de interpretar la totalidad de la historia humana desde un punto de vista dialéctico. Más aún, sostenemos que ni la dialéctica ni la economía conforman un “motor de la Historia”, si es que existe alguno, mecanismo éste bastante dudoso y harto difícil de probar.

El determinismo económico según Rucker

En *Nacionalismo y Cultura*, su obra más celebrada, Rudolf Rucker sostiene que el materialismo económico es insuficiente para explicar los procesos históricos. “El error fundamental de esa teoría consiste en que equipara las causas de los acontecimientos sociales a las causas de los fenómenos físicos”, es decir, se “confundieron las necesidades mecánicas del desarrollo natural con las intenciones y los propósitos de los hombres, que han de valorarse simplemente como resultados de sus pensamientos y voluntad” (Pág. 21 y 22).

Piensa Rucker que considerar los hechos sociales como manifestaciones de una evolución naturalmente necesaria conduce a empeorar nuestra comprensión de esos hechos. Las pretendidas leyes de la dialéctica y la física social de que hacen gala los materialistas históricos no son más que

astrología política y social. Las únicas leyes a las que está sometiendo el ser humano son las de su existencia física. Como mucho se puede aspirar a presentar la historia como un esquema; de todos los modos el resultado será poca cosa. Rocker no desprecia las causas económicas sino que las equipara a las políticas, religiosas o sociales: "las fuerzas económicas no son nunca los únicos recursos que ponen en movimiento todas las demás.

Los fenómenos sociales se producen por una serie de motivos diversos que, en la mayoría de los casos, están entrelazados de tal modo que no es posible delimitarlos concretamente. Se trata de efectos de causas múltiples, que casi siempre se reconocen claramente, pero que no se pueden calcular con métodos científicos".

Rocker supone que la "voluntad de poder" de individuos o pequeños grupos sociales puede ser una fuerza tanto o más importante en la formación de la vida económica y social que las causas económicas. También sostiene que muchos acontecimientos no son explicables desde una perspectiva enteramente económica: las conquistas de Alejandro, la locura de las Cruzadas o la conquista del Imperio azteca no han sido motivadas por las condiciones de producción de su tiempo.

Todas las guerras tienen una motivación económica indudable, tanto de parte de los imperialistas como de las burguesías, concede Rocker. Pero si no se apelara a los

sentimientos nacionalistas, éticos o religiosos los gobernantes no conseguirían quien pelease por sus intereses. Podemos analizar los intereses económicos que propiciaron la Primera Guerra Mundial y darles la importancia que se merecen, pero relegar los motivos que movieron a millones a dar su vida en una guerra horrorosa a una superestructura ideológica subordinada a las relaciones sociales de producción suena bastante insensato desde el punto de vista de un socialista que se precie. Peor aún, cuando los propios socialistas (y algunos anarquistas) se plegaron a las causas nacionales de sus respectivos Estados y apoyaron la masacre, olvidando el precepto marxista del *Manifiesto Comunista* de que “la historia de toda sociedad es la historia de la lucha de clases”.

Para Rocker no existe un “motor de la historia”. Tampoco existen determinaciones naturales desde la economía. Tan sólo los limitantes de las leyes y fenómenos físicos. Igualmente sostiene que no se puede elaborar una jerarquía de causas que determinan unas a otras sino que estas se entrecruzan e influyen mutuamente. Desde este punto de vista se puede afirmar que la evolución social humana no tiene una dirección necesaria y definida que culminará en el socialismo indefectiblemente. La voluntad individual o la acción de minorías –tanto desde el poder como desde el campo revolucionario– pueden influir gravemente en los acontecimientos sociales. Pero no se apoya en un voluntarismo que lleva a una visión atomizada del proceso

social. Toma los procesos sociales como un todo de Múltiples causas y Múltiples efectos, interrelacionados y no unidireccionales, impredecible hacia el futuro pero analizable hacia el pasado; el pasado no se convierte en el tirano del presente, ni el futuro en su corolario o, para expresarlo en términos dialécticos, en su síntesis.

Algunos espejismos

También podríamos considerar preguntarnos si verdaderamente la naturaleza es dialéctica. Si se diera el caso de que la naturaleza respondiera a las leyes de la dialéctica, sería legítimo pensar que la Historia y las acciones humanas se encontrarían bajo el efecto de esas mismas leyes, aunque no necesariamente. Pero si el universo de los fenómenos físicos y naturales no respondiera a esas supuestas leyes, si las proposiciones de Engels en el *Antiduhring* o en la *Dialéctica de la Naturaleza* no tuvieran ningún asidero a la realidad y fueran sólo refinada metafísica, con toda justicia podríamos creer que la historia humana o que la evolución social tampoco están sometidas a movimientos dialécticos.

Por supuesto que la naturaleza no es dialéctica, que las proposiciones positivistas de Engels acerca de la naturaleza

no son tomadas seriamente más que por dogmáticos obtusos, que ningún científico se acercó siquiera a lograr algún descubrimiento aplicando ese método, que los científicos que estudian la naturaleza e ideológicamente reivindican el marxismo jamás tomaron con seriedad estos conceptos y que tampoco existen posibilidades de reconsiderar esta situación en el futuro, al menos hasta que se haga algún intento sensato por demostrar la verdad de estas leyes que hasta el momento son pura especulación.

Pero concedamos que sin ser el Universo dialéctico, por un extraño y sorprendente milagro, la historia humana y la evolución social sí estarían sometidas a estas leyes inaprensibles. Admitamos la perspectiva de una evolución dialéctica de la sociedad humana, sólo aplicable vaya a saberse por qué capricho a los humanos únicamente y no aplicable a ninguna otra especie viviente, al menos hasta que algún investigador descubra que la existencia de los pingüinos, los alces, las hormigas, los hongos o los sauces también responden a estas mismas leyes. En ese caso, ¿por qué considerar a la economía determinante sobre otros aspectos de la evolución social humana, al punto de afirmar que las relaciones de producción (estructura) determinan las producciones culturales, simbólicas, morales o ideológicas (superestructura), y no a la inversa? ¿Es la economía una materia o una disciplina aislable de otros aspectos sociales y culturales, es decir, existen aspectos de la historia humana

en los cuales la economía opera como una variable pura e incontaminada? ¿Existe “lo económico” en la realidad o es una forma que hemos ideado para entender mejor ciertos aspectos del comportamiento humano y de la producción y reproducción cultural?

Dentro de un enfoque sustantivista o empirista, sostiene Karl Polanyi que la economía humana "está incrustada y enredada en instituciones económicas y no económicas. La inclusión de lo no económico es vital. Pues la religión o el gobierno pueden ser tan importantes para la estructura y el funcionamiento de la economía como las instituciones monetarias o la disponibilidad de herramientas y máquinas que aligeren el trabajo de la mano de obra" (Pág. 161); una postura parecida a la esgrimida de Rucker. La economía lejos de ser algo apreciable en estado puro en las actividades humanas se encuentra entremezclada en otras instituciones claramente no económicas. También las instituciones pertenecientes a la esfera económica incluyen aspectos religiosos, morales, jurídicos, ideológicos, simbólicos, estéticos y sentimentales en diverso grado y forma. Esta situación hace prácticamente imposible separar lo estrictamente económico de aquello que no lo es, entendiendo por económico todo lo relativo a la producción de los medios materiales de subsistencia en el ámbito de una sociedad. Si relaciones sociales estrictamente económicas como lo son las relaciones de producción presentan aspectos no económicos (ideológicos y simbólicos) propios

de la superestructura, no podemos sostener que esas relaciones sociales de producción determinan a la superestructura, puesto que incluían previamente algunos de estos aspectos superestructurales. No decimos que la producción de medios de subsistencia no tiene ninguna influencia sobre otros aspectos de la cultura; lo que sostenemos es que esa influencia no es determinante ni unidireccional. Más bien nos inclinamos a ver todos los aspectos de la cultura como sistemáticamente relacionados, con influencias recíprocas entre sus componentes. La estructura económica que Marx imaginó es una construcción teórica, no una realidad empírica; es una abstracción que puede resultarnos útil para comprender la realidad o puede parecernos completamente inútil, según el caso, pero no es la realidad: está por fuera de ella. A esta visión el antropólogo marxista Maurice Godelier – cuyo saber es bastante más refinado que el de su estrecha colega y camarada Terray – contesta que “el análisis de un sistema económico no debe confundirse con la observación de sus aspectos visibles ni con la interpretación de las representaciones espontáneas que se hacen los agentes económicos propios de ese sistema que, mediante su actividad, lo reproducen.

Es un hecho todos los días constatado que los capitalistas se apoderan del uso de la fuerza de trabajo de los obreros a cambio del pago de salarios y que, por otra parte, gastan el dinero en apoderarse de otros medios de producción, como

máquinas, materias primas, etc. Todo ocurre, pues, como si el salario pagara el trabajo y como si, en el valor de las mercancías producidas al acabar el proceso de producción, entrarán muchos otros elementos además del trabajo humano.

En apariencia, pues, el beneficio capitalista no tiene nada que ver con un mecanismo de explotación de la fuerza de trabajo de los productores, ya que los productores cobran un salario que parece el equivalente de la parte de valor que representa el trabajo” (Pág. 287).

Siempre para comprender la lógica interna de un proceso debemos hacerlo en base a abstracciones, eso está claro, pero no deja esto de ser una interpretación subjetiva. La pregunta que cabe hacerse es por qué creer que el salario paga sólo una parte del trabajo de un obrero y no la totalidad. ¿Acaso eso lo convierte en justo o deseable? El salario podrá pagar o no la totalidad de lo producido; creer que esto nos inhabilita para expropiar a la burguesía es tan infantil como cientificista. La comprensión del proceso “verdadero” o de la “lógica subyacente” en los mecanismos de explotación o en las relaciones de producción son decididamente insuficientes para generar siquiera un movimiento revolucionario. Los aspectos éticos, ideológicos y culturales tienen tanta o más fuerza que los económicos a la hora de impulsar una revolución: ni en la revolución Rusa, ni en la España de 1936 quienes colectivizaban campos y talleres se habían percatado de estos refinamientos

teóricos, a diferencia de aquellos esclarecidos devotos del “socialismo científico” que se apropiaron del Estado y aniquilaron a los revolucionarios, como si fueran contrarrevolucionarios y como si la dictadura del proletariado hubiera inaugurado una etapa de libertad e igualdad camino al comunismo.

Otra ilusión de Marx era creer que los procesos materiales se basan en hechos independientes de la voluntad humana: desde sus postulados éstos adquirieron vida en una especie de animismo económico autodirigido. La realidad es al revés, los procesos materiales se encuentran ordenados por la cultura simbólicamente.

Marshall Sahlins lo ejemplifica de esta forma: "Las fuerzas materiales tomadas en sí mismas carecen de vida... Descompónganse las fuerzas productivas solo en sus especificaciones materiales, supóngase una tecnología industrial, una población humana y un ambiente. Con todo esto no se dice nada acerca de las propiedades específicas de los bienes que se producirán, o acerca de la tasa de producción, o de las relaciones con arreglo a las cuales avanzará el proceso. Por sí, misma una tecnología industrial no dictamina si será manejada por hombres o por mujeres, de día o de noche, mediante salarios o por la distribución de las ganancias, en días jueves o domingos, para enriquecerse o ganarse la vida, o si estará al servicio de la seguridad nacional o la glotonería privada..." (Sahlins, 205).

Podemos decir entonces que el modo de producción de la vida material no determina el proceso de la vida social, política y espiritual, a diferencia de lo que Marx suponía.

Algunos límites

Entonces, los modos de producción ¿son reales o son otra abstracción? Suponiendo que –abstractos o concretos– los aceptamos por su utilidad explicativa o por su valor didáctico, debemos constatar si responden a las leyes de la dialéctica tal cual postulaba Marx. Polanyi sostiene que esta teoría de etapas (comunismo primitivo, esclavismo, feudalismo y capitalismo) es históricamente insostenible y “se origina de la convicción de que el carácter de la economía está determinado por la situación del trabajo” (Pág. 166). Coincidiendo con este autor creemos que analizar la evolución de la historia humana en etapas basadas únicamente en las relaciones de producción es un análisis limitado y que deja por fuera a la mayoría de los otros aspectos.

Las etapas que Marx delimitó son coincidentes con aquellos historiadores clásicos que hablaban de salvajismo, edad antigua, edad medieval y edad moderna. Lo novedoso en Marx es la lógica interna que asigna a esas etapas o modos de producción, a sus procesos internos y a su sentido progresivo hacia una sociedad comunista. El problema se encuentra al inicio de la cadena: si los modos de producción generan su propia contradicción, ¿cuáles son las que se encontraron en el comunismo primitivo?

Los estudios de Marx y Engels sobre las sociedades sin Estado se basaban en una antropología conjetural de tipo evolucionista, en la actualidad completamente refutada e impugnada. Engels –en su libro *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*– suponía que en una sociedad sin clases: “A consecuencia del desarrollo de todos los ramos de la producción –ganadería, agricultura, oficios manuales domésticos–, la fuerza de trabajo del hombre iba haciéndose capaz de crear más productos que los necesarios para su sostenimiento... Era ya conveniente conseguir más fuerza de trabajo, y la guerra la suministró: los prisioneros fueron transformados en esclavos. Dadas las condiciones históricas de aquel entonces, la primera gran división social del trabajo, al aumentar la productividad, y por consiguiente la riqueza, y al extender el campo de la actividad productora, tenía que traer consigo necesariamente la esclavitud. De la primera gran división social del trabajo nació la primera gran

escisión de la sociedad en dos clases: señores y esclavos, explotadores y explotados”.

Por supuesto que todas estas afirmaciones ningún antropólogo, ya sea marxista o no, las toma en serio hoy en día; el concepto de comunismo primitivo ha sido desechado. Se derivan de una interpretación basada en las conjeturas de Morgan, absolutamente falsas, pero a tono con el conocimiento de la época. El problema que se plantea a los marxistas de hoy es cómo encontrar una contradicción que permita pasar de una sociedad sin clases ni Estado a una sociedad de clases: encontrar la causalidad estructural y sus efectos sobre la sociedad de cazadores–recolectores.

En las sociedades primitivas el sistema de parentesco incluye y ordena las relaciones de producción y las relaciones jurídicas, religiosas y políticas: la sociedad primitiva se organiza sobre el parentesco como una institución que abarca las relaciones económicas, políticas jurídicas y religiosas, así como los procesos de producción material, simbólica y ritual. Si existen sociedades sin una división entre estructura y superestructura, si no hay contradicción entre medios de producción y fuerzas productivas, no hay explicación dialéctica y arde todo el edificio teórico marxista. Godelier, Worsley, Terray y otros antropólogos marxistas tuvieron que enfrentarse con el problema de explicar sociedades en las cuales “se desconoce una distinción organizativa entre base y superestructura; es decir, donde ambas constituyen formalmente la misma

estructura” (Sahlins, 14). Y, si las relaciones de parentesco en ese tipo de sociedad incluyen y engloban a casi la totalidad de las relaciones sociales, ¿dónde debemos ubicarlas, en la estructura, la superestructura o en ambas a la vez?

Godelier nos da la respuesta: las relaciones de producción no sólo pueden existir bajo una forma que las distinga y las separe de las otras relaciones sociales. El parentesco se ubica en la estructura y la superestructura. A su vez, Worsley, analizando la sociedad tallensi, fragmenta el sistema de parentesco en sistemas componentes y “descubre” la estructura y la superestructura de esta sociedad.

Para Godelier el hecho de que la dominación de parentesco o de tipo religioso o político se imponga, no alcanza para contradecir las hipótesis de Marx: “la objeción pierde sentido cuando se constata que no basta con que una instancia social asuma varias y no importa cuáles funciones para ser dominante, sino que es necesario que asuma la función de las relaciones de producción, es decir, no requiere el rol organizador de tal o cual esquema organizativo de tal o cual proceso concreto de trabajo, pero sí el control del acceso a los medios de producción y a los productos de este trabajo, y ese control significa igualmente autoridad y sanciones sociales, por tanto, las relaciones políticas son las determinantes del dominio de tal o cual instancia. Tienen, pues, una eficacia determinante general

sobre la organización de la sociedad, porque determinan este dominio y, a través de este dominio, la organización general de la sociedad” (303).

Sin darse cuenta, utiliza una argumentación que sirve para refutar la posibilidad de que una dictadura del proletariado nos conduzca al comunismo. El control del acceso a los medios de producción y a los productos significa autoridad y dominio. Seríamos unos estúpidos si creyéramos que el socialismo estatista no se ajustaría a estos parámetros, tan solo por la buena voluntad de los comisarios del partido en el poder.

Cuando Godelier cree arreglar los problemas al inicio de la Historia, los desarregla al final. Parece que la hipótesis marxista es como una frazada demasiado corta que cuando cubre los pies no cubre la cabeza, y viceversa. Pero tampoco la solución es satisfactoria para las sociedades primitivas, sino que más bien parece un intento de ajustar los nuevos datos a un paradigma resquebrajado. Todos los intentos de acomodar las sociedades primitivas a los parámetros marxistas han caído en el fracaso, inmersos en un mar de dudas y bombardeados por la crítica. La realidad es que cuando no se intenta salvar lo insalvable, se miente descaradamente o se hace un uso adulterado de las investigaciones de otros autores para apoyar hipótesis de nula veracidad. Las excepciones no confirman la regla, la invalidan.

Las tesis de Godelier no son aplicables a las sociedades de cazadores/recolectores como la de los bosquimanos del Kalahari estudiadas por Richard Lee, quien "observó a grupos de hombres y mujeres regresar a casa todas las tardes con los animales y las frutas y plantas silvestres que habían cazado y recolectado. Lo compartían todo por igual, incluso con los compañeros que se habían quedado en el campamento o habían pasado el día durmiendo o reparando sus armas y herramientas...

Si en las simples sociedades del nivel de las bandas y las aldeas existe algún tipo de liderazgo político, éste es ejercido por individuos llamados cabecillas que carecen de poder para obligar a otros a obedecer sus órdenes" (Harris). Lejos de ser sociedades anarco comunistas, la estructura única visible son las relaciones de parentesco, sobre las que se organiza la vida social, la producción y la reproducción del grupo. No existe una estructura económica que determine una superestructura política.

Conclusiones

El materialismo histórico es una explicación esquemática de la historia humana de algún valor didáctico, según los gustos, mientras no nos creamos la fábula de las leyes de la dialéctica, aún por comprobarse científicamente. Los análisis productivos de Marx sobre el origen y desarrollo del capitalismo son de suma utilidad para comprender algunos de los procesos de explotación del capital sobre el trabajo. Lo que es inaceptable es extrapolar a toda la Historia y al Universo físico mecanismos que nos han servido para explicar solo una parte del problema.

Marx estudió la lógica del capitalismo y creyó que su método lo llevaría a explicar la totalidad de la evolución social humana: explicando una de las partes, explicaba el todo. El cientificismo económico marxista subsume todos los aspectos humanos simbólicos, culturales, ideológicos, éticos o ecológicos a su causalidad inexorable. El resultado de

aplicar métodos de análisis semejantes no puede ser menos que limitado. Se confunde la consistencia epistemológica con el esquematismo teórico.

La supuesta robustez teórica del marxismo –que se fundamenta en una metafísica que nada tiene de científica– apela a la autoridad de la ciencia para imponerse como verdadera y única, cuando verdaderamente es una explicación unilineal, fatalista, reaccionaria y autoritaria.

La gran debilidad del materialismo histórico y el materialismo dialéctico radica en aquello que para sus creyentes consiste en su fortaleza: como toda interpretación universalista pretende explicar la Historia humana y el universo físico mediante un método válido para toda época y lugar. Cada caso particular que no se ajusta, destruye inevitablemente a toda la teoría. Quizás algún día la ciencia logre sintetizar una teoría unificada del universo físico y, con mucha suerte, de la Historia humana. Difícilmente ese camino transitará por los territorios de la dialéctica.

El método dialéctico de Marx y Engels supone un progreso, un avance, un devenir de lo inferior a lo superior, una superación de la sociedad cuyo resultado sería el comunismo. ¿Se puede hablar de progreso o superación en el pasaje de una sociedad primitiva, sin divisiones de clase a una sociedad con clases sociales, con opresores y oprimidos? ¿Cuál es la ética que subyace a un pensamiento

cuya única medida de progreso se basa en factores económicos y tecnológicos? ¿En qué valor moral se fundamenta una ideología que considera un progreso la dominación imperialista y la expansión del capitalismo, como lo hizo Marx al aplaudir la colonización británica en la India? Si tenemos en cuenta que los análisis marxistas se cimientan en la historia del occidente europeo y desde ese punto explican la evolución de toda la humanidad, se hace comprensible porqué el materialismo dialéctico fracasó a la hora de explicar las culturas no occidentales.

El marxismo no deja de ser una variante del evolucionismo que, al igual que éste, considera los parámetros eurocéntricos y occidentales modernos superiores a los no occidentales. No se trata de reivindicar lo "no occidental" sino de desechar una escala de valores engendrada por la burguesía para legitimar su dominio.

El comunismo resolverá todas las contradicciones en una síntesis total –el fin de la Historia– fundando la felicidad social plena. No nos imaginamos por qué tanto la naturaleza y la historia humana hayan respondido alguna vez a las leyes de la dialéctica. Mucho más difícil nos resulta creernos por qué milagro deberían dejar de hacerlo bajo el comunismo que fantasearon Marx y Engels. Las leyes inmutables y eternas de repente se resuelven en una síntesis que no da paso a un nuevo momento dialéctico. Un nuevo modo de producción eterna, incapaz de superarse a sí mismo, donde las relaciones sociales de producción progresarán sin

contradicción. Algo tan milagroso como el pasaje de la dictadura del proletariado al ambicionado comunismo sin Estado. Los padres del “socialismo científico”, al fin y al cabo, también tenían sus aristas utópicas.

DIALÉCTICA, MATERIALISMO Y CIENTIFISMO

Según se sostiene actualmente, uno de los grandes logros de Marx y Engels ha sido la construcción de una teoría para conocer la naturaleza y la sociedad basada en la ciencia, conocida como materialismo dialéctico, y su derivado aplicado a la historia de la evolución social humana, el materialismo histórico. Esta teoría a su vez posibilitó la creación de un denominado “socialismo científico”, en contraposición al socialismo utópico, que no tendría una base científica, porque no estaría fundado sobre las leyes de la dialéctica.

Esta visión del marxismo ha sido en las ciencias sociales de importancia capital para el desarrollo de estas ciencias, en especial desde mediados del siglo XX hasta hoy. Fue en los '60 y '70 cuando las escuelas marxistas lograron su apogeo en lo que se refiere a producción teórica y académica,

surgiendo corrientes marxistas en antropología, sociología, historia, psicología, pedagogía, geografía y lingüística, entre otras disciplinas.

A pesar de los aportes de tantos científicos sociales, algunos de los cuales produjeron obras de considerable importancia, el materialismo dialéctico y su deudo, el materialismo histórico, demostraron no solo sus limitaciones, sino también su inconsistencia epistemológica, teórica y metodológica, y su discurso comenzó a percibirse no como científico sino como científicista.

Los diversos intentos de apareamiento entre el marxismo y otras corrientes teóricas como el estructuralismo o el psicoanálisis terminaron en rotundos fracasos. Filósofos, sociólogos y antropólogos de moda al calor de las barricadas del 68, pasaron de *best sellers* internacionales a componentes privilegiados de las mesas de saldos en las librerías: Fromm, Althusser, Marcuse, Debray, así como otros tantos.

Esta pérdida de interés ha sido explicada desde muchos puntos de vista diferentes. Ya sea por obra del surgimiento del postmodernismo o debido a muerte por aplastamiento a causa de la caída del muro de Berlín, la crisis del marxismo se manifiesta principalmente en la plétora de revisionismos que intentan salvar algo del desastre: una categoría por aquí, un concepto por allá, los escritos del joven Marx e incluso algún coqueteo autocrítico con el anarquismo. Lo

que está indudablemente claro es que algo se hizo mal y mucho de lo que se creía sólido no era más que dogmatismo disfrazado de certeza científica incuestionable.

Lo triste del asunto es que millones de hombres y mujeres que sacrificaron sus vidas al “socialismo científico”, hipotecaron su futuro, sucumbieron frente a la mentira, no sin decepción, desencanto, torturas, muerte y exilios. Peor aún, los falsos novicios revolucionarios de nuestros días, traicionan a los antiguos próceres que solían endiosar (Lenin, Stalin o Mao) para adorar nuevos ídolos (el voto popular, el cargo político, la democracia, Fidel Castro, el nacionalista Chávez o cualquier dictador antiyanqui que se cruce por el camino). Y siempre suena de fondo la misma canción; socialismo científico, materialismo dialéctico; la revolución como un juego de ajedrez o, si se prefiere, de tablero con fichas y dados.

El error continúa como una incógnita sin despejar debido a que se encuentra en la base misma de la concepción materialista dialéctica, en la forma en que Marx y Engels pergeñaron una teoría científica que, más allá de su admirable esfuerzo teórico, no es ciencia en absoluto. Quizás para el momento histórico y social en que se ideó el socialismo marxista, las tendencias intelectuales de la época justificaban la intención de crear un socialismo científico.

Algo parecido ocurrió con Kropotkin, que intentó esbozar un anarquismo basado en principios científicos mecanicistas

y evolucionistas, oportunamente criticado por Malatesta, quien en cambio definía al anarquismo como una ideología basada en una ética, más allá de la ciencia. De todos modos, en aquellos años no faltaron críticos a la visión científicista de Marx, entre otros el propio Bakunin. Esta sostenía que la dialéctica hegeliana –de la que Bakunin fue adepto de joven– era pura metafísica, y por consiguiente también sus seguidores y derivados positivistas o socialistas: “Metafísico es el término que usamos para designar a los discípulos de Hegel y los positivistas, y, en general, a todos los adoradores de la ciencia como diosa, a todos esos modernos Procustos que de una manera u otra, han creado un ideal de organización social, un molde estrecho en el que meterían a las futuras generaciones, a todos aquellos que, en vez de ver en la ciencia únicamente una de las manifestaciones de la vida natural y social, insisten en que la totalidad de la vida queda comprendida en sus teorías científicas necesariamente experimentales. Los metafísicos y los positivistas, todos esos caballeros que consideran que es su misión prescribir las leyes de la vida en nombre de la ciencia, son, consciente o inconscientemente, reaccionarios.”

Esta metafísica a la que se refiere Bakunin fue recubierta de fraseología científica y vendida como ciencia hasta el día de hoy. No es que los científicos serios crean en el materialismo dialéctico o que lo lleven a la práctica en sus investigaciones. La ciencia marcha por otros rumbos y los

textos de cabecera de los científicos no son la “Dialéctica de la Naturaleza” de Engels, sino los que escribieron Albert Einstein, N. Wiener o S. Hawkins. En contraste, los experimentos que llevaron adelante en la Unión Soviética el lingüista Nikolai Marr y el biólogo Trofim Dimitrevich Lyssenko, son un ejemplo extremo del descalabro a que se puede llegar aplicando a rajatabla las concepciones alquímicas de Marx y Engels.

Nikolai Marr elaboró una teoría que proponía aplicar las nociones marxistas de estructura y superestructura a la lingüística. Se convirtió en la teoría oficial de la Unión Soviética, mientras los grandes lingüistas rusos no marxistas como Roman Jakobson partían al exilio o al ostracismo, como ocurrió con Mijail Bajtin, el más grande folklorista (y también lingüista), redescubierto hace unas décadas. Los textos de Jakobson y Bajtin aún son lectura obligatoria en la enseñanza universitaria, mientras que los textos de Marr jamás volvieron a editarse. La lingüística de Nikolai Marr era tan descabellada que el propio Stalin en 1934 escribió un librito de lingüística para refutarlo.

El caso de Lyssenko fue algo más trágico. Debido a que los principios de la genética burguesa –es decir, la actualmente vigente genética mendeliana– desmentían las afirmaciones marxistas sobre la naturaleza, Lyssenko implantó una “genética revolucionaria” en que las diferencias entre los seres vivos no eran de origen genético sino que eran influencia del medio ambiente, basada en “hibridaciones”.

Si bien era fácilmente refutable, la doctrina de los caracteres adquiridos fue la doctrina oficial soviética durante décadas, por el simple hecho de no contradecir al materialismo dialéctico. "La herencia de los caracteres adquiridos no es una evidencia científica, sino una creencia supersticiosa. Se ha mostrado mucho más resistente a la experimentación que otras hipótesis biológicas. Ha contribuido específicamente a retrasar el análisis del mundo vivo en general y la reproducción en particular. Podemos cortar el rabo en el nacimiento a todos los ratones de una cierta línea; al cabo de veinte o treinta generaciones, tendremos miles de ratoncitos con un rabo perfectamente normal, con la misma longitud media y el mismo grosor que sus ancestros" (F. Jacob. *La Lógica de lo viviente*, 1970). Alain Benoist, autor de un artículo titulado "El escándalo Lyssenko", refiere cómo se hacía ciencia en la Unión Soviética: "Si la teoría marxista contradice las leyes de la vida (y viceversa), el error, por fuerza, ha de hallarse en las leyes de la vida, razonaba Lissenko. De otra forma, el gran sueño mesiánico de Marx, Engels y Lenin de cambiar radicalmente el mundo y la naturaleza del hombre actuando sobre las "superestructuras" y sobre el medio, al término de una historia interpretada exclusivamente sobre parámetros socioeconómicos, podría demostrarse una entelequia irracional y una quimera insensata".

Los experimentos de Lyssenko llevaron al fracaso de la agricultura y a la hambruna general en 1963, y por fin, a su

destitución del cargo que ostentaba en el Instituto de Genética de Moscú al año siguiente. La pseudociencia materialista dialéctica, suscitó la cárcel de los científicos opositores y el hambre del pueblo ruso, lo que hacía reflexionar al brillante genetista francés Jacques Monod: "Que un charlatán autodidacta y fanático haya dispuesto en su país, a mediados del siglo XX, de todos los medios del poder para imponer en biología una teoría inepta y en agricultura unas prácticas ineficaces, cuando no catastróficas; que este iluminado llegara a lanzar una censura oficial sobre la enseñanza y la práctica de una de las disciplinas biológicas fundamentales, la genética, es algo que sobrepasa la imaginación".

Cómo puede ser entonces que todavía se siga planteando ciertamente no sólo la delirante idea de un "socialismo científico", sino que se continúa insistiendo en los méritos del materialismo dialéctico como una ciencia que estudia las leyes generales del cambio en la naturaleza. No planteamos que la dialéctica o las formas de razonar dialécticas sean falsas, incorrectas o que no hayan hecho ningún aporte a la humanidad. Lo que afirmamos es que el materialismo dialéctico es una metafísica, y por lo tanto no es ciencia. Para lo cual debemos demostrar que no es una ciencia y entender la evolución del pensamiento dialéctico.

El método dialéctico de Hegel

Si bien los orígenes de la dialéctica se remontan a la antigua filosofía griega, siendo Heráclito uno de sus referentes principales, es en la obra hegeliana donde la dialéctica adquiere su sentido moderno. En un intento de superar la filosofía idealista de Kant, GW Hegel sostiene una concepción dialéctica de la realidad, es decir, la realidad es dinámica, movimiento, transformación que surge a causa de las contradicciones internas. La realidad no es estática sino un proceso; existe un continuo fluir de contradicciones que se corresponden con los tres momentos que Fichte denominó tesis, antítesis y síntesis. En un primer momento existe la tesis, posición o afirmación, o la “realidad en sí”. La antítesis es la negación de la afirmación anterior, lo que está en sí se desgarrar, se enajena y se niega desarrollándose en un “otro”. La síntesis es la negación de la negación, la superación del conflicto de los dos estados anteriores y su

reconciliación en un tercero, una superación, que de forma circular se convierte en otra nueva tesis, un nuevo primer momento o afirmación que deberá ser negado y resuelto en otra síntesis, siempre de orden superior. Según Hegel la realidad se desenvuelve en estas tríadas dialécticas. El gran aporte de Hegel es intentar ver la realidad no como algo estático sino dinámico (en desarrollo), incorporando la contradicción al sistema, sin ignorarla como algo anómalo. Debemos tener en cuenta que las concepciones mecanicistas y estáticas de la física clásica newtoniana eran las concepciones dominantes, y en biología se estaba aún lejos de formularse la teoría de la evolución por selección natural de Darwin.

Para Hegel la historia humana es la revelación del Espíritu Absoluto, es decir, es teleológica, tiende a un fin. Los acontecimientos históricos son necesarios y racionales, y el Estado es la institución que asegura el cumplimiento del último destino de la Historia. Si bien el pensamiento de Hegel dista mucho de estar explicado en estas líneas, lo que nos importa destacar aquí es que sobre esta concepción manifiestamente metafísica se construirán los fundamentos del socialismo científico y el materialismo dialéctico. Las ideas de Hegel, Marx y Engels fueron fuertemente criticadas por Karl Popper y Jean Paul Sartre, y defendidas ardientemente por Marcuse. No nos interesa hilar tan fino. Creemos que el hecho de que el materialismo dialéctico sea una metafísica y no una ciencia, no convierte a muchos de

los trabajos de Marx en una tontería, sino que es necesario ponerlos en su justa dimensión. Karl Marx era respetado por Bakunin como un analista social brillante de su época, pero nunca se dejó engañar ni por sus “descubrimientos”, ni mucho menos por su personalidad avasallante y narcisista: “Ningún camino conduce de la metafísica a las realidades de la vida. La teoría y los hechos están separados por un abismo insondable. Es imposible saltar este abismo entre la lógica y el mundo de la naturaleza y de la vida real con lo que Hegel llamaba «un salto cualitativo» del mundo.”

Los principios del materialismo dialéctico: Primera ley dialéctica

A diferencia de Hegel, Marx edificará una dialéctica no sobre la razón o la idea sino sobre la materia. De esta forma, Marx y Engels "piensan que Hegel está en lo cierto al decir que el pensamiento y el universo se encuentran en perpetuo cambio, pero que se equivoca al afirmar que los cambios en las ideas son los que determinan los cambios en las cosas. Por el contrario, las cosas nos ofrecen las ideas, y estas se modifican porque las cosas se han modificado" (Georges Politzer, *Principios Elementales y Fundamentales de Filosofía*, p. 102). El método dialéctico se fundamenta en tres leyes expuestas por Engels en su obra conocida como el *Anti-Dühring*. Las detallaremos a continuación debido a que en su fundamentación y ejemplificación se revela

claramente su carácter frívolo y la retórica de aficionado con la que Engels pretendió convencer al mundo de que su materialismo dialéctico era tan científico como la Ley de la Gravedad.

En primer lugar Engels sanciona una Ley de unidad y lucha de los contrarios que sostiene que todo en el universo está formado por parejas de opuestos en lucha continua, generadores de los cambios y movimientos en la naturaleza. En la naturaleza nada es estático sino que está todo en movimiento.

Lo que parece estático solo lo es en forma relativa porque tanto los planetas, las estrellas y las galaxias están en perenne movimiento. Una manzana –en sentido ontológico– no es sólo una manzana en un momento determinado sino que es su evolución, su historia. Fue una flor, una manzana verde, luego maduró y finalmente se descompondrá, con el fin de generar una nueva planta. Este devenir presenta fases que se suceden necesaria y naturalmente por un proceso interno inherente a la manzana llamado autodinamismo, es decir, una fuerza procedente del propio ser que se manifiesta a través de las transformaciones de la materia.

Este movimiento correspondería a una Ley universal según la cual las cosas se transforman en su contrario. Una cosa no es una cosa en sí sino que también contiene a su contrario, o sea, es ella misma y su contrario. En el interior de cada cosa

existen dos fuerzas opuestas, antagónicas en lucha. La cosa cuando es transformada no es por causa de una de las dos fuerzas solamente sino por la lucha de dos fuerzas en sentidos opuestos: hay una afirmación y una negación dentro de cada cosa, de cada ser, una contradicción. Esta contradicción es la raíz del cambio. Es interna, intrínseca a todas las cosas.

"Si tomamos el ejemplo de un huevo que una gallina pone e incuba vemos que en el huevo se encuentra el germen que a cierta temperatura y en ciertas condiciones se desarrolla. Este germen, al desarrollarse, dará un pollito: así este germen ya es la negación del huevo. Vemos con claridad que en el huevo hay dos fuerzas: la que tiende a continuar siendo huevo y la que tiende a que se transforme en pollito. El huevo está, pues, en desacuerdo consigo mismo y todas las cosas están en desacuerdo con ellas mismas. Esto puede parecer difícil de comprender, porque estamos habituados al razonamiento metafísico, y por eso debemos hacer un esfuerzo para habituarnos de nuevo a ver las cosas en su realidad" (Politzer, op. cit., p. 119).

Si las anteriores palabras de Georges Politzer –un reconocido filósofo del PC francés del período de entreguerras– fueron tan solo una metáfora para explicar el cambio social, la cosa terminaría allí. Pero lo que se sostiene desde el materialismo dialéctico es que todas las cosas

materiales, los procesos de la naturaleza y la sociedad tienen su afirmación y su negación. La realidad es así, porque la naturaleza es así, dialéctica. Nos preguntamos cual es la fuerza que tiende a que el huevo siga siendo huevo, si descartamos el hecho de que se nos ocurra ponerlo en un congelador para conservarlo.

¿En donde reside, en qué parte del huevo existe semejante tendencia, que pone a un huevo en desacuerdo consigo mismo, y en qué nos basamos para sostener que un pollito es la negación del huevo? Un huevo y un pollo son verdaderamente diferentes, pero si observamos atentamente el proceso de desarrollo y su constitución genética, son lo mismo en diferentes etapas. El corte entre pollito y huevo es arbitrario, una elucubración del observador.

Un huevo un segundo antes de eclosionar el pollo, ¿es un huevo o un pollito encerrado? Al contrario de lo que sostiene Politzer, no es difícil de comprender la realidad natural a través del materialismo dialéctico, sino que es bastante simple. Lo único que olvidó decirnos es cómo se logra “ver con claridad” dos fuerzas que se oponen dentro de un huevo, y el pequeño detalle de demostrarlo. La realidad es un todo complejo, que los metafísicos dialécticos convierten en un todo complicado.

Engels afirmaba también que lo que es causa puede ser, según las circunstancias, efecto y viceversa, que todo es

renovación constante y “que los dos polos de una antítesis, el positivo y el negativo, son tan inseparables como antitéticos el uno del otro y que, pese a todo su antagonismo, se penetran recíprocamente” (Engels; *Del Socialismo Utópico al Socialismo Científico*). Reconociendo que no siempre es fácil aplicar el principio de unidad de los contrarios en algunos casos de la realidad, lo importante – aconseja Politzer– es retener que “la dialéctica y sus leyes nos obligan a estudiar las cosas para descubrir en ellas la evolución, las fuerzas, los contrarios que determinan esta evolución” (op. cit, p. 125). La ciencia verdadera, en cambio, opera justamente al revés; primero se estudian los casos particulares y luego se deducen las generalidades.

La pseudociencia de Marx y Engels primero desarrolló unas leyes generales lo suficientemente sinuosas como para ser aplicadas a cualquier caso y luego, se dedicaron a aplicarla a los casos concretos. No es muy diferente a la forma de argumentar que tienen muchas sectas religiosas o los creyentes en el origen extraterrestre de los seres humanos, tan difíciles de corroborar como de refutar. Esta licencia ejemplificación de la que Engels hace uso se manifiesta en su burda interpretación de la matemática, encontrando dialéctica donde sólo él la ve, y ningún matemático lo hizo jamás: “también construye la contradicción de que líneas que se cortan ante nuestros ojos tienen que valer, cinco o seis centímetros más allá, como paralelas, esto es, como líneas que no se cortan al prolongarlas en el infinito.

Y sin embargo, con estas y otras contradicciones aún más violentas, las matemáticas superiores producen resultados no sólo correctos, sino, además, inalcanzables por la matemática elemental” (Engels; *Antidühring*, p. 116). Otro fantástico ejemplo que nos regala la sapiencia dialéctica, en este caso de Politzer, es el siguiente: un fenómeno tan común como el herrumbre u óxido de hierro en un instrumento metálico es causado por la “lucha entre el hierro y el oxígeno” (Poltzer, p. 244). O su lírica descripción de la vida y la muerte como una lucha entre contrarios, es decir, que la vida se transforma en muerte porque tiene una contradicción interna, habiendo unidad en las fuerzas contrarias, así como la concepción de que la vida es una conquista sobre lo no-vivo.

Esta noción de la vida y la muerte como dos fuerzas que luchan entre sí, está profundamente vinculada al animismo metafísico y la creencia religiosa de que la muerte tiene existencia real, una entidad, en lugar de presentar a lo muerto como aquello ausente de vida.

Segunda ley dialéctica

La segunda ley dialéctica es la de conversión de la cantidad en cualidad y viceversa. Según se afirma, tanto el aumento como la disminución de la cantidad de materia transforman la calidad de la misma, suponiendo un mejoramiento, un progreso de los seres. El ejemplo obvio y citado hasta el hartazgo lo constituye el cambio brusco que se produce en los cambios de estado del agua. Es bien sabido que en condiciones de presión normales el agua se mantiene en estado líquido entre los 1 y los 99 grados, y que por debajo de ese punto se solidifica en hielo y por encima hierve transformándose en estado gaseoso. La acumulación gradual de calor (cambio cuantitativo) no afecta el estado líquido del agua, pero al llegar a 100 grados se transforma súbitamente en vapor (salto cualitativo). “El paso cualitativo a un nuevo estado sólo es posible mediante la victoria de una de las fuerzas contrarias sobre la otra” (Politzer, p. 233).

Esta Ley general de la dialéctica de la naturaleza y de la sociedad reduce el papel de las ciencias a investigar cuáles son los cambios de cantidad que se necesitan para alcanzar el salto cualitativo, algo que Engels aseguraba de antemano que ocurriría inevitablemente. Los cambios cuantitativos no son cambios manifiestos, son graduales, mientras que los cambios cualitativos ocurren súbita y repentinamente, siendo resultado de esa serie de cambios inadvertidos. Los ejemplos que acompañan tan trascendental Ley de la naturaleza y la sociedad descubierta por Engels son nuestros viejos conocidos protagonistas: el pollito con su huevo, la manzana y la flor. Pero –según cree Engels– se agregan importantes confirmaciones estudiando un poco de Historia.

"Para terminar, vamos a apelar a otro testimonio más de la mutación de cantidad en calidad, a saber, Napoleón. Este describe el combate de la caballería francesa, de jinetes malos, pero disciplinados, contra los mamelucos, indiscutiblemente la mejor caballería de la época en el combate individual, pero también indisciplinada: Dos mamelucos eran sin discusión superiores a tres franceses, 100 mamelucos equivalían a 100 franceses; 300 franceses eran en general superiores a 300 mamelucos, y 1.000 franceses aplastaban siempre a 1.500 mamelucos" (Engels, *Antidühring*, p. 119). ¿Se puede encontrar un ejemplo más burdo? Sí, si recurrimos a los ejemplos de Politzer en nuestro auxilio. Un cargo político que necesita 60.233 votos para ser candidato, obtiene su salto cualitativo justamente con el

voto 60.233. Mientras que los votos se iban sumando de a uno se producía una acumulación gradual de sufragios, cuantitativa, pero al alcanzar la cifra que le permitiría acceder al cargo el candidato se convierte en diputado o funcionario estatal, el salto cualitativo, repentino.

De más está decir que, para él, la sociedad funcionaría de la misma manera, y que los cambios cuantitativos en el modo de producción capitalista nos llevarán a un salto cualitativo o revolución.

Los cambios cualitativos se producen necesariamente, luego de una acumulación cuantitativa. Si tomamos un jarro de agua y lo echamos al fuego al llegar a 100 grados hervirá y si lo dejamos allí el tiempo suficiente el contenido total del jarro se evaporará. Solo que si en vez de poner al fuego el mismo jarro con agua lo dejamos al sol en la ventana de nuestra casa, su contenido se evaporará de todos los modos sin haber nunca llegado a hervir. Entonces no hay salto cualitativo por la acumulación cuantitativa y gradual.

Si razonáramos como Engels haciendo generalizaciones a través de analogías, podríamos llegar a la penosa conclusión de que la revolución es imposible. Recordemos que el planteo de Engels es que esta es una ley natural, tan natural como las leyes de la física. Esta estupidez intelectual generaría risa si no fuera por las funestas consecuencias que generó. El sabelotodo y obsecuente estalinista que fue Politzer creía poder impugnar al genetista Weissman, rival

de Lyssenko, acusando de metafísicos y mecanicistas a los científicos que sostenían que en los genes (el material hereditario) se encontraban las claves del desarrollo del ser vivo. Sostenía que si el medio ambiente no alteraba el material hereditario, no se podía comprender la aparición de las nuevas variedades, lo cual sólo era posible por la acumulación de cambios cuantitativos que se transformaban en cambios cualitativos, citando en su apoyo a la ya por ese entonces superada y anticuada Dialéctica de la Naturaleza de Engels. De más está decir que era Weissman el que estaba en lo cierto.

Además los saltos cualitativos son con frecuencia un progreso, un paso de lo inferior a lo superior, son un movimiento ascendente y progresivo. Esto se manifiesta palmariamente en la evolución de las sociedades: la sociedad salvaje es inferior a la sociedad antigua, ésta lo es a la sociedad feudal, y por fin, el capitalismo, superación de todas las formas sociales anteriores será superado por el socialismo.

Si las teorías científicas se midieran por su capacidad de predicción, hace tiempo que ya nadie hablaría del socialismo como ciencia. Desde el punto de vista de la segunda ley de la dialéctica, “desear la revolución sin crear las condiciones necesarias para ella es incuestionablemente hacerla imposible” (Politzer, p. 226). Es decir, el “aventurerismo de izquierda”, según él, –como denominaba Lenin al anarquismo– repudia la necesidad de preparar el cambio

cualitativo mediante la evolución cuantitativa, para impedir la verdadera acción revolucionaria, por lo tanto es enemigo de la revolución.

Ya conocemos las consecuencias de semejante forma de pensar: miles de muertos, desterrados, presos y torturados por la maquinaria del “socialismo científico” bolchevique.

Tercera ley dialéctica

La tercera ley de la dialéctica es la de negación de la negación. El cambio se produce en tríadas dialécticas: tesis, antítesis y síntesis. La síntesis es la negación de la antítesis, que a su vez era la negación de una afirmación (tesis). La síntesis reúne lo bueno de la antítesis y la tesis que estaban en contradicción. La síntesis es un progreso, una fase superior a las dos anteriores, y también es una afirmación (una nueva tesis) que será el germen de un nuevo proceso dialéctico superador. "Pensamos en un grano de cebada. Billones de tales granos se muelen, se hierven y fermentan, y luego se consumen. Pero si un tal grano de cebada encuentra las condiciones que le son normales, si cae en un suelo favorable, se produce en él, bajo la influencia del calor y de la humedad, una transformación característica: germina; el grano perece como tal, es negado, y en su lugar

aparece la planta nacida de él, la negación del grano. Pero cuál es el curso normal de la vida de esa planta? La planta crece, florece, se fecunda y produce finalmente otros granos de cebada, y en cuanto éstos han madurado muere el tallo, es negado a su vez. Como resultado de esta negación de la negación tenemos de nuevo el inicial grano de cebada, pero no simplemente reproducido, sino multiplicado por diez, veinte o treinta” (Engels, *Antidühring*, p. 120).

Si el progreso como lo entiende Engels, si la negación de la negación es una etapa superior a las dos anteriores, lo cual se manifiesta en el grano de cebada multiplicado, esta superioridad es cuantitativa. Más adelante Engels afirma que los jardineros que cultivan flores ornamentales, tratando y seleccionando semillas producen flores más hermosas, cualitativamente mejoradas, gracias a la negación de la negación; en este caso la superación es cualitativa. Con estos criterios científicos tan laxos, un observador –en este caso el propio Engels– podrá encontrar siempre en cualquier género de vida animal o vegetal pruebas de mejoramiento, de progreso y evolución hacia una instancia o fase superior, porque donde no hay un aumento cuantitativo, lo habrá cualitativo, más aún si como Engels pensamos que una orquídea más hermosa es superior a otra que seguramente no será de su gusto.

Engels alude luego a las mariposas y su desarrollo, y nos explicita claramente su objetivo: "lo único que pretender aquí es mostrar que la negación de la negación tiene

realmente lugar en los dos reinos del mundo vivo. Por otra parte, toda la geología es una serie de negaciones negadas, una serie de sucesivas destrucciones de viejas formaciones rocosas y depósito de otras nuevas" (idem, p. 126). Así, de un plumazo, se pretende hacer creer al mundo que reposa sobre la contradicción dialéctica, y que encima éste es un razonamiento científico.

La cosa no queda ahí; para nuestro docto sabelotodo también en las matemáticas anida la negación de la negación. "Tomemos una magnitud algebraica cualquiera, a . Negándola tenemos $-a$ (menos a). Negando esta negación, multiplicando $(-a)$ por $(-a)$, tenemos $(+a^2)$, es decir, la magnitud positiva inicial, pero a un nivel más alto, a saber, la segunda potencia." (idem, p. 128).

El genetista Jacques Monod, autor del celebrado libro *El azar y la necesidad* afirma que la forma en que Engels utiliza estos ejemplos "ilustran sobre todo la amplitud del desastre epistemológico que resulta de la utilización 'científica' de las interpretaciones dialécticas.

Los dialécticos materialistas modernos evitan en general caer en similares tonterías. Pero hacer de la contradicción dialéctica la 'ley fundamental' de todo movimiento, de toda evolución, no deja de ser un intento de sistematizar una interpretación subjetiva de la naturaleza que permite descubrir en ella un proyecto ascendente, constructivo, creador; volverla, en fin, descifrable, y moralmente

significativa. Es la “proyección animista, siempre reconocible, sean cuales sean los disfraces” (p. 48).

De más está decir que el carácter animista del materialismo dialéctico no solo excluye el postulado de objetividad sino que es incompatible con la ciencia. Tan es así, que el mismo Engels rechazó el segundo principio de termodinámica y el aspecto selectivo de la evolución en la teoría de Darwin –dos descubrimientos que revolucionaron las ciencias en general– por no encajar en su teoría dialéctica. Con todo desparpajo, Engels nos ilustra sobre la magnitud de la tercera ley de la dialéctica: “¿Qué es, pues, la negación de la negación? Es una ley muy general, y por ello mismo de efectos muy amplios e importantes, del desarrollo de la naturaleza, la historia y el pensamiento; una ley que, como hemos visto, se manifiesta en el mundo animal y vegetal, en la geología, en la matemática, en la historia, en la filosofía...” (Engels, idem, p. 130).

El materialismo histórico de Marx hace hincapié principalmente en esta ley dialéctica ya que cuando las fuerzas productivas entran en contradicción con las relaciones sociales de producción se inicia un período de lucha, transformación que conducirá a la liquidación del sistema o modo de producción, estableciéndose un nuevo período superior –una superación con respecto al modo de producción precedente– reiniciándose nuevamente el

proceso. De esta forma es posible la evolución, el cambio y el progreso en la Historia, a través de la lucha de clases.

Conclusiones

Si bien los análisis de Marx –a diferencia de los de Engels– son mucho más ricos y complejos que la reseña anterior, no nos preguntamos cuanto de verdad hay en ellos sino por qué han sido sus estudios sobre el cambio social considerados como palabra sagrada en las ciencias sociales por tanto tiempo (por no mencionar a los partidos y a los gobiernos que les otorgan carácter de verdad única, oficial e indiscutible). La mayoría de los investigadores sociales que aplican las ideas de Marx a los estudios históricos, sociológicos o antropológicos ya no toman en serio las ridículas afirmaciones de Engels que se expresan en obras como *El Antidühring*, *La Dialéctica de la Naturaleza* o *Del Socialismo Utópico al Socialismo Científico*. Pero no se puede simplemente mirar para otro lado y sostener que los trabajos de Marx son “algo diferentes”, o que son “mucho

más serios y científicos” que los de su amigo y socio, cuando ambos son totalmente responsables de la interpretación y reformulación de la filosofía de Hegel, y su aplicación al estudio de la Historia y al análisis de las sociedades.

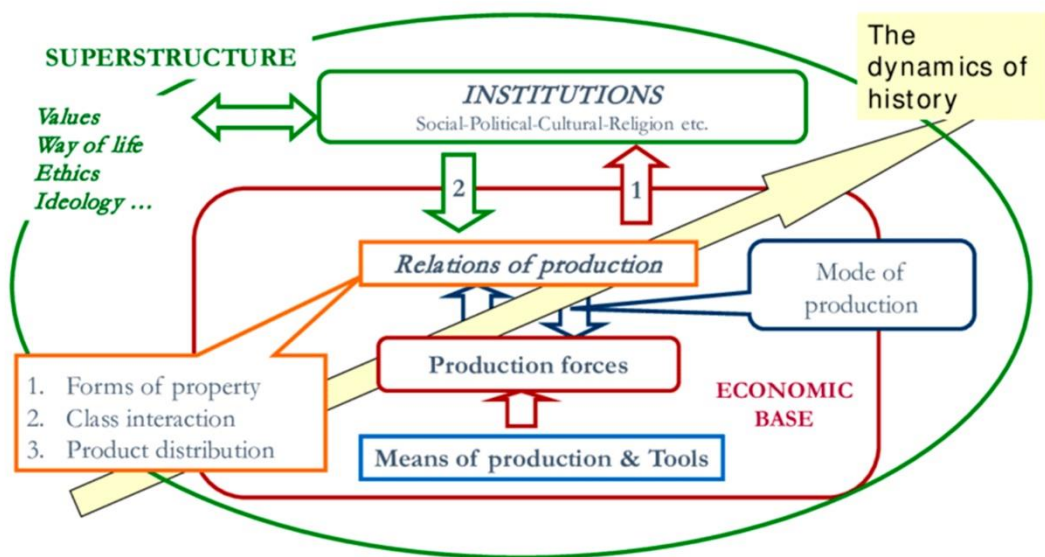
Marx era mucho más inteligente y brillante que Engels, eso es indudable. Pero pensar que Karl Marx hubiera censurado a Engels, en caso de haberse enterado de los disparates que son manifestados por su camarada acerca del mundo físico y natural en las tres obras mencionadas anteriormente, sería propio de ingenuos. Equivaldría a sostener que Lenin no era responsable de la represión a los revolucionarios de Kronstadt porque las acciones las dirigía Trotsky, su subordinado; o creer que no se puede acusar a Hitler de las barbaridades de Auschwitz, porque él no estaba al tanto de los detalles de lo que allí ocurría.

La obra de Marx es útil, su lectura provechosa y sus análisis fructíferos sólo si se toma parcialmente y olvidando su supuesto carácter científico. Un modo de producción, una clase social, la distinción entre superestructura/estructura y decenas de conceptos –algunos verdaderamente originales– no tienen existencia real, no son entidades objetivas como suponían Marx y Engels sino construcciones del investigador, del observador.

El sentido común indica que si la naturaleza no es dialéctica en el sentido que le otorgan Engels y Marx, tampoco es necesario que lo sea la totalidad de la Historia y

la vida social. Las analogías y extrapolaciones que se hicieron desde la evolución y la historia del mundo social hacia el universo material, natural y físico, le dan ese tinte determinista, fatalista, de certeza incontestable que presenta la pseudo ciencia del materialismo dialéctico y el materialismo histórico. Este dogma infalible se convierte en autoritarismo pseudo científico en la afirmación de Engels – consignada en el capítulo II de su libro *Del Socialismo Utópico al Socialismo Científico*– de que sólo siguiendo el camino dialéctico “llegamos a una concepción exacta del Universo, de su desarrollo y del desarrollo de la humanidad, así como de la imagen proyectada por ese desarrollo en las cabezas de los hombres”.

Ese es el fundamento de la teoría del Partido Único, dueño de la verdad, encargado de guiar la Revolución y que condena cualquier expresión disidente a la persecución policial del Partido o del Estado.



Las nociones de estructura económica (infraestructura) y la estructura social, política e ideológica (superestructura) son resumidas por Marx en el Prólogo de la *Contribución a la Crítica de la Economía Política*: "en la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a una determinada fase de desarrollo de las fuerzas productivas materiales.

El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la

que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia. Al cambiar la base económica, se revoluciona, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella". (*Obras Escogidas*, Tomo II, p. 518, Editorial Progreso).

BIBLIOGRAFÍA

Godelier, Maurice. Antropología y Economía ¿es posible una antropología económica?, Anagrama, 1976.

Harris, Marvin. Nuestra especie. Editorial Alianza.

Polanyi, Kart. El sistema económico como proceso institucionalizado. (En Antropología y Economía, Godelier comp.).

Sahlins, Marshall. Cultura y razón práctica. Gedisa.